LIBRO PRIMERO.

LA NATURALEZA HUMANA EXIJE UNA RELIGION SOBRENATURAL.

CAPITULO PRIMERO.

CREER, LEY DE NUESTRA NATURALEZA.

Desde que se dieron á luz las últimas apologías de la religion, los tiempos y los hombres han cambiado, y han surgido nuevas necesidades que imponen nuevos deberes á los defensores de la verdad. El sacerdote, que es eterno por su carácter, debe ser del momento por su enseñanza, porque si bien las pasiones son siempre las mismas en la tierra, los errores son diferentes. Cierto que el error varía ménos en el fondo que en la forma, y que no seria difícil poner de manifiesto los girones de un incesante plagio,

ocultados por los adornos y arambeles de la moda; pero por lo mismo que el cristianismo se desenvuelve por medio de las evoluciones que para su defensa vése precisado á realizar: por lo mismo que las pruebas se multiplican al compás de las objeciones: por lo mismo que en oposicion á cada nueva falsedad, Dios pone de manifiesto una de las innumerables fases de su verdad, pudiendo decirse que entre todos los séres, cuanto más atacado, mejor conocido; es conveniente y oportuno combatir á aquel, sea el que quiera el disfraz bajo el cual se presente.

Vamos, pues, á hablar de nuestro siglo; pero sin decir de él mucho mal. Acontece con un siglo lo mismo que con un hombre: para decirle la verdad con fruto, es indispensable amarle. Por lo demás, el que se lamenta en demasía de su tiempo, ultraja á la Providencia y demuestra que ignora la historia. El verdadero conocimiento de lo pasado predispone á la indulgencia respecto de los contemporáneos.

Sin embargo, como sentimos por nuestro siglo verdadero amor, sin que nos ciegue el amor propio de pertenecer á él, tenemos la obligacion de decirle y aún demostrarle que no ha blasfemado ménos que el precedente, sustituyendo la falsa erudicion á la agudeza de ingénio: la cortesía á la burla. Este trabajo proseguido bajo la apariencia de una inexorable imparcialidad, y de un rigor científico dispuesto á demolerlo todo para averiguarlo todo, ha producido más confusion que ruinas, y por lo mismo que no hay que reedificar, ensayemos los medios conducentes á desvanecer la confusion.

El primer fundamento de esta apología descansará sobre una base mucho màs robusta que la ciencia y la filosofía hostiles á la fé. Convenimos en que esta no tiene el derecho de prevalecer sobre la evidencia científica y las verdades filosóficas; mas en tanto la ciencia enemiga no pueda oponerle más que teorías conjeturales, y la filosofía anticristiana no cuente con otros recursos que con objeciones mil veces màs contestables que las pruebas que por nuestra parte podemos aducir; la religion alcanzará fácilmente razon de una y otra, apelando de sus decisiones ante el tribunal de la naturaleza. La naturaleza: he ahí el *criterium* más infalible del espíritu humano, y la verdad fundamental segun la cual estàn discernidas todas las demás.

En este mundo donde todo se pone en tela de juicio, las tendencias, que son leyes de nuestro sér, se imponen con una autoridad irrecusable. La razon padece frecuentes equivocaciones: la

naturaleza no se engaña jamàs. De manera, que en cuanto hayamos demostrado que la *religiosidad* es una propension invencible en el hombre, no será imposible eludir la conclusion siguiente luégo la religion es al par en el hombre un deber y una necesidad.

Desde luégo puede verse, pues, que los verdaderos enemigos de la naturaleza son los naturalistas que no vacilarian en mutilarla, sin tener en cuenta los tormentos que la causarian, suprimiendo las creencias, que son elemento indispensable de su vida moral. En vano pretenden eliminarnos de la discusion en nombre de la ciencia positiva y so pretesto de que somos visionarios de la hipótesis metafísica; pues es completamente falso que vivamos de simples hipótesis: no, nosotros no llevamos al debate sistemas ni descubrimientos discutibles, sino el testimonio más irrecusable para la razon humana; el mismo hombre. Siendo como es nuestra religiosidad un hecho universal, indestructible, nuestra constitucion moral seria una aberracion de la naturaleza, si ese sentimiento no tuviese un objeto real.

Argumento de sentido comun que decide la cuestion áun antes de plantearla, por lo mismo que pone de manifiesto que de todas las hipótesis, es la más grosera el positivismo, por lo mismo que prescinde de la humanidad. No se olvide que toda ciencia que no pese los fenómenos morales al mismo tiempo que los hechos materiales, y que divida el mundo para tener un fundamento que le sirva para negar aquello que no quiera ver, solo encontrará ridículas mistificaciones en el fondo de sus falsificados crisoles.

Para comunicar á semejantes aserciones la solidez de un verdadero principio, vamos á verificar las premisas, y á examinar si es cierto que existe en la naturaleza el sentimiento y la necesidad de la fé, siquiera para ello, si nos es lícito expresarnos de esta suerte, debamos profundizar los cimientos hasta dar con la roca granítica. Esta cuestion es al par preliminar y perentoria; pues del mismo modo que el sentido de la vista supone la luz y recíprocamente de manera que la una de sus obras maestras careceria de razon de ser sin la otra; de la propia suerte el sentimiento de la fé en nosotros, supone fuera de nosotros el objeto de la fé. Y así como el ojo humano prueba la existencia del sol, cuyos rayos le hieren, puede decirse que nuestra necesidad de creer en Dios, atestigua la existencia de Dios. De manera que, sentadas estas premisas, puede deducirse esta consecuencia: suprímase á Dios y

el hombre es el sér más inexplicable de la creacion. Fijemos nuestra atencion en nuestros movimientos más espontáneos, y obtendremos inmediatamente estas dos verdades iniciales: 1 º Creer, es una ley esencial de nuestra naturaleen general. 2 º Creer, es una necesidad de cada una de nuestras facultades en particular.

I.

Creer, no es en manera alguna afirmar un sistema cualquiera, sino adherirse á dogmas sobrenaturales verdaderos ó falsos. En este sentido puede decirse, que la necesidad de creer es una verdad de sentido comun que se prueba principalmente por su evidencia. La fé es en tal manera una verdad de nuestro sér, responde de tal modo á una inclinacion de nuestra alma, que el hombre ha sido definido un animal religioso. Por consiguiente, desde el punto y hora en que rechaza esta porcion integrante de su personalidad moral, la fé se coloca en una situacion contraria á la naturaleza, y pretendiendo elevarse, se mutila, se empequeñece. El Indio, prosternado ante Brahama, no está tan opuesto á las leyes esenciales del órden, como el racionalista colocado en esa situacion normal, entre la animalidad religiosa y la que no puede serlo, la que rechaza serlo.

La fé, pues, en lugar de reducir nuestra naturaleza, la completa, confirmando esta verdad los axiomas populares, que son la más elevada expresion del sentido comun. El hombre considerado *sin fé* y *sin ley*, se juzgará siempre como ejemplar degenerado de la especie, y en la opinion del mundo el apodo de incrédulo será siempre la mayor injuria que pueda dirigirse á un hombre. De manera, que hasta las lenguas salen en favor y defensa de la verdad, áun despues de haber los hombres apostatado de ella. Por consiguiente, los pensadores que tanto hablan de la necesidad de comprender, deberian conceder la parte correspondiente á la necesidad de creer. Esta necesidad es uno de nuestros sentimientos más indispensables: puede desviarse; pero es imposible que pueda perecer, y si la fé es libre, en el sentido de que cada cual elige la que más le conviene; no lo es ménos en el sentido de que el hombre no puede prescindir ente-

ramente de ella, sopena de declararse la guerra á sí mismo.

No ignoramos, no, las extrañas vicisitudes porque pasan las almas. Hay horas de vértigo en las cuales se considera no solo posible, sino hasta cómodo prescindir de Dios. Mas esto constituye la apariencia de la vida, no la vida misma. El blasfemo que ve seducciones en la epicúrea embriaguez de la prosperidad, y amargas voluptuosidades en la desesperacion, es desconocido por el alma que entra de nuevo en posesion de sí misma. La hora de la desgracia en particular, es casi siempre santa para el hombre. Derramando lágrimas sobre una tumba, difícilmente es incrédulo, y este grito en que suele prorumpir en medio de su amargura: ¡Oh Dios mio, Dios mio! es un acto de fé arrancado á la naturaleza por el dolor, contra el cual es imposible que pueda prevalecer materialista alguno.

Mas, esta invencible inclinacion de nuestra alma hácia la fé, ¿de dónde procede? Procede de que la fé, segun distinguidos naturalistas, es el rasgo característico de nuestra especie (1). Lo que distingue al hombre de los animales, dicen,

(1) *Unidad de la especie humana*, por Quatrefages.

no es la razon, ni la perfectibilidad, ni el lenguaje; pues animales existen en los cuales se hallan informes rudimentos de semejantes condiciones: de manera que, desde este punto de vista, la diferencia entre ellos y nosotros estriba en el más ó el ménos de tales perfecciones, no en una perfeccion ménos ó en una perfeccion más. En cambio la facultad religiosa ó la religiosidad, constituye la nobleza especial y exclusiva de la humanidad. Y es tan especial y exclusiva, que no existe raza alguna, por más degradada que esté, que de ella no se halle dotada, ni animal por más perfecto que sea, que de ella no esté desprovisto. Por consiguiente, equivocáronse de medio á medio los que juzgaron simplemente como una rama del reino animal á la descendencia de Adan. Lo que caracteriza al animal consiste en que es gobernado por la materia, en tanto que el hombre la gobierna á ella. El animal, dice Platon, es un cuerpo que tiene un alma: el hombre es un alma que tiene cuerpo. Así es que el hombre domina todo el resto de la creacion desde una altura inconmensurable, y por la prerogativa excepcional únicamente á él concedida, de conocer á Dios y adorarle, constituye un reino verdaderamente excepcional.

Confieso que no tenia necesidad de semejante demostracion para reducir á su justo valor la hipótesis, ó mejor, demos á las cosas el nombre que merecen, la impertinencia anti-científica, y anti-humana que hace descender nuestra raza de los mamíferos quadrumanos del centro del Asia. De todos modos gracias sean dadas, en nombre de Dios y en el de los hombres, á la ciencia antropológica por sus conclusiones que redundan en mayor honra y gloria de nuestro orígen.

El hombre establece indudablemente su supremacía sobre el reino animal cuando dice: Yo pienso; por consiguiente en tanto los orangutanes no hayan compuesto su Iliada, y pronunciado sus Discursos sobre el Método, y fundado en medio de los bosques sus escuelas Normales, tengo para mí que no hay inconveniente en rechazarlos en el concepto de progenitores. El hombre afirma indudablemente su superioridad cuando dice: Soy perfectible, nosotros progresamos constantemente, al paso que los monos del tiempo de Faramundo alcanzaban idénticos grados de civilizacion que los de nuestros dias. El hombre prueba indudablemente tambien la preeminencia de su orígen cuando dice: Yo hablo, yo escribo: y de seguro ha de transcurrir mucho

tiempo antes de que los héroes de la Fontaine nos reunan en la Sorbona para darnos lecciones de elocuencia. Por último, el hombre afirma y prueba sus incomparables ventajas cuando dice: Soy bimano y bípedo, y ando con el rostro levantado y mirando al cielo; los gibones que se le oponen, hechos para mirar al suelo, y para encaramarse, difícilmente se sostienen sobre sus pretendidos piés, al paso que el hombre no se vería completamente apurado para marchar sobre sus manos. Existen sin embargo naturalistas quisquillosos, que, siquiera en reducida escala, pretenden distinguir en el animal, la inteligencia, el amor, la estructura y hasta la moralidad propias del hombre. Pero cuando el hombre se levanta en medio de la naturaleza exclamando: *Creo en Dios Padre*, todos los animales se separan para saludarle respetuosamente. Porque los animales cómo los mundos, obedecen á Dios sin conocerle; y cuando el hombre se humilla ante el Criador, es cuando más se muestra el rey de la creacion (1).

(1) Para el estudio de esta cuestion véase el tomo II en cuyo capítulo *Antropología ó constitucion del hombre*, se halla tratada científicamente.

008162

En vista de esto, no queda á la ciencia más arbitrio que rectificar sus cuadros de historia natural, ni más partido á Lidneo que introducir una modificacion en sus clasificaciones. Los cuerpos terrestres, no se reducen á los minerales que crecen (1), á los vegetales que crecen y viven, y á los animales que crecen, viven y sienten: hay además los hombres, que crecen, viven y sienten como los animales, y creen y adoran como jamás creerán y adorarán los animales!

De aquí puede deducirse todo lo que tiene de criminal y absurda la loca pretension de privar á la humanidad del sentimiento religioso, bajo el supuesto de que constituye una debilidad que nos pondria por debajo del nivel de nuestros predecesores los gorilas, entre los cuales no se ha observado, hasta el presente, indicio alguno de tal estado morboso! ¿Se ha pensado bien en ello? Aquí no se trata de corregir á la humanidad de un defecto insignificante, sino de refundirla, de hacerla completamente nueva. El poeta de la negacion sensualista, el Tirteo del escepticismo contemporáneo lo ha dicho,

(1) Así lo creen algunos geólogos.

Pasar como un rebaño, puesta en tierra la mirada
Y maldecir de lo demás... ¿Es esto ser feliz?
Nó, es dejar de ser hombre (1).

Tal es la verdad, y no en sentido metafórico; sino bajo el más absoluto rigor científico. Pidiendo perdon al orgullo del espíritu, no puedo ménos que decir, que el rasgo distintivo de lo que fué llamado *mundo hominal*, no tanto es el talento como la fé, y M. de Quatrefages que osó arriesgar ese neologismo de clasificacion, frente á frente con la antropología materialista, obtendrá de la misma más negativas que refutaciones.

De aquí que no me sorprenda que lutarco juzgara más fácil fundar una ciudad sin suelo donde establecerla, que una sociedad sin religion y sin altares. Pero en cambio produceme indecible sorpresa el que se hable de lanzarnos de nuestras catedrales para enviarnos de nuevo al vasto templo de la naturaleza! Los verdaderos templos de la naturaleza son aquellos de los cuales la naturaleza jamás ha podido prescindir. La humanidad levanta sus templos del mismo modo que las abejas labran su panal, con la conciencia y además con la razon (2).

(1) A. de Musset.—*Esperanza en Dios.*
(2) M. Aug. Nicolás: *El arte de creer.*

Y esta necesidad innata, instintiva de adoracion, debe parecernos tanto más profunda, cuánto más difícil de explicar. Por lo mismo que es esencialmente espiritual y se dirige á lo invisible, parece que las barreras del mundo sensible al aprisionarla, acabarian por sofocarla. Las pasiones en vez de alimentarla la espantan: hasta los mismos esplendores de la creacion tienden á detenerla, absorbiéndola en provecho propio; mas en vano, pues el sentimiento religioso admira la creacion y pasa más allá.

No de otra suerte los chapiteles de nuestras catedrales, se elevan por encima de las cúpulas de nuestros teatros, de nuestras bolsas y de nuestras academias: no de otro modo la necesidad de fé, domina á la humanidad, y no la dominan la necesidad de placeres, de riquezas y de saber. Y téngase en cuenta que bajo una ú otra forma, constituirá siempre la más noble é inextinguible de sus pasiones. Hasta las mismas falsas religiones deponen en favor de esta verdad, puesto que si bien son falsas con relacion á la verdadera, son verdaderas en el concepto de que ponen de manifiesto á la naturaleza, privada de la divina revelacion, amparándose del oprobio de la supersticion, para librarse del tormento de la incredulidad. La irreligion absoluta es una quimera monstruosa que pueden acariciar los cerebros enfermos; pero que rechazarán constantemente los pueblos sanos en el sentido intelectual y moral. Un linage humano sin creencias es una cosa tan incomprensible como un linage humano sin ideas y sin amor: esta conclusion tiene más alcance del que á primera vista parece, porque la prueba más patente de que Dios no es una ilusion que la humanidad se ha forjado, la tenemos en que es absolutamente imposible arrancársela.

II.

Reconocida la necesidad de creer, como ley de la naturaleza, para establecer mejor esta verdad, hagamos aplicacion detallada á la naturaleza inteligente, á la naturaleza amante, á la naturaleza perfectible y á la naturaleza moral del hombre, de manera, que si interrogadas esas cuatro facultades contestan acordes á la tésis que dejamos sentada, podrémos sostener que la palabra *Creo*, léjos de ser una debilidad de los

espíritus enfermos, constituye la expresion de una aspiracion inextinguible en la tierra, y que el que no la pronuncia, se coloca en oposicion con la humanidad y consigo mismo.

Las creencias, consideradas generalmente como un yugo, ¿no constituyen un beneficio para el pensamiento? Habiéndose con razon definido el hombre un sér enseñado, es indispensable que para llegar á distinguir, empieze por creer. Esto es cierto, así en el órden de los conocimientos naturales cómo en el orde de la fé. Aquel que rehusara su adhesion á toda enseñanza natural, se veria condenado á la ignorancia, del mismo modo que el que no quiera creer en los dogmas sobrenaturales se verá castigados por la duda. ¡La duda! Situacion dolorosa para el espíritu, por lo mismo que es anormal. Y sin embargo éste es el nivel más elevado á que puede ascender la opinion antireligiosa, puesto que por más que haga, jamás podrá el incrédulo llegar á la certeza contra la fé. Todo aquel que se encuentra con un aserto tan autorizado como el que sostiene, pero opuesto al suyo, no puede en manera alguna adherirse razonablemente al suyo sin temor. Así como dos fuerzas iguales, obrando en opuestos sentidos, se neutralizan, dos afirmaciones equivalentes y contradictorias se re-

suelven en ese resultado negativo; en ese cero de la conviccion, que se conoce con el nombre de duda. Coloquemos, pues, al libre pensador, no ante una autoridad que contrabalancee la suya, sinó ante el cristianismo entero, con sus diez y ocho siglos de propaganda, con sus hombres de génio, con sus legiones de sacerdotes, con sus beneficios, sus monumentos, sus incalculables falanges de vivos y de muertos, y convengamos en que para rechazar sin vacilacion este testimonio inmenso, tendrá que adjudicarse á sí mismo un acto de fé mucho más difícil que aquel que niega al Evangelio.

Por consiguiente la negacion no puede producirse bajo la forma dogmática, por lo mismo que sea el que quiera el orígen de dónde proceda, se resuelve siempre en el escepticismo. La historia nos da de ello una elocuente confirmacion, harto conocida para que pretenda dársela como nueva al lector.

Preguntado Juan Jacobo Rousseau qué debia pensarse de las sanciones eternas, contestó: Lo ignoro. No faltó quien pretendiera haber alcanzado la certidumbre respecto de semejante creencia, y Diderot le dijo: Lo dudo. Por último, en presencia de Voltaire hubo quien se jactara de haber demostrado su falsedad, y Voltai-

re exclamó: Gran dicha es la vuestra: lo que es yo no he llegado tan léjos. De manera pues que el punto culminante de las opiniones contrarias á la fé, se reduce á ¡Un quién sabe! ¿Y se pretende levantar sobre tan espantoso vacío el edificio de los destinos humanos? Semejante proceder equivaldría á lanzar enormes mentís á la naturaleza humana, y á empujarla al crímen por el camino de la desesperacion.

¡Quién es capaz de pintar las angustias de un mortal avanzando al través de los tiempos, viendo delante formidables tinieblas, dejando tinieblas formidables á su espalda, con grave peligro de verse precipitado en insondables abismos á impulsos de un acceso de fiebre, ó por resultado de una congestion! ¡Qué martirio el de un sér ávido de conocimientos, que levanta los velos tras los cuales el porvenir se mantiene oculto, que contempla hasta el fondo de los sepulcros, que llama á las puertas de todas las escuelas para interrogar á los oráculos, y que rendido de cansancio, jadeante, regresa al fondo de su alma sin llevarle más soluciones que un ¡quién sabe! Vuelvo á preguntarlo, ¿lo que de tal modo reduce la humanidad á tal extremo, puede constituir elemento de su naturaleza?

Para fortalecer la prueba no tenemos que hacer más que volver al revés la hipótesis. ¡Qué dulce bienhestar, qué plácida satisfaccion la del alma, el dia en que tras luengas peregrinaciones en el campo de la falsedad, pisa los linderos del palacio donde mora la verdad perdida y prorumpe en esta palabra santa: ¡Creo! Sí, creo, es decir: mi vida y mi muerte no son un misterio, ni mis dolores la injusticia de una fatalidad sin entrañas. Creo, y por consiguiente en lo sucesivo no me perderé en preguntas sin respuesta, cuando la conciencia en las horas de reflexion me pregunte *¿Dónde está tu Dios?* Creo, y por lo tanto puedo dormir tranquilo, porque existe una Providencia que vela por mí, y puedo aventurarme sin temor en el camino de lo porvenir, porque distinguido á su término á un Padre cariñoso que me tiende los brazos para recibirme al otro lado de la tumba. Creo, y la vida me parece carga lijera, y el mundo completamente bello, y este valle de lágrimas mansion esplendente de celestes claridades! Nada puede igualar la felicidad de ese pobre ciego que, resintiéndose áun de las caidas que en su viage ha experimentado, descansa como San Juan sobre el seno de la Verdad, y encierra todas las certezas necesa-

rias al descanso de la vida en esta sola palabra: Creo.

Y á esta necesidad, á esta aspiracion de la naturaleza inteligente ¿qué contesta la negacion? La Alemania que se conceptúa una especialidad en materia de descubrimientos, ha imaginado un tipo de grandeza y de felicidad intelectuales que oponer al precedente, tipo que ha designado con el nombre, tan bárbaro cómo la misma cosa de *el dudador perpétuo!* El dudador perpétuo es un dilettante de blasfemia, un apasionado de lo irresoluble por el simple pensamiento, un sofista trascendental, en suma, un corruptor de las inteligencias.

Digámoslo de una vez para siempre: tenemos en más la potencia que la seguridad del génio aleman. El por su parte tiene en muy poco el buen sentido francés para que este se halle muy obligado á la reciprocidad. Hace poco tiempo que un profesor de Goetinga, compadecido de que Francia perdiese lastimosamente el tiempo, tal era por lo ménos su opinion, en ensayos de obras científicas, le aconsejaba que no se moviera de su aptitud natural, consistente en dar el tono al mundo en lo que concierne á cuestiones de moda. Cierto que somos los principales iniciadores en cuanto á la moda se refiere, sea el que

quiera el género á que la moda pertenezca, circunstancia de gran provecho para los soñadores de la Germania, que de este modo pueden vulgarizar muchos sistemas extravagantes. De seguro no habrian atravesado tales concepciones las densas nieblas del Rhin, si nosotros no las hubiésemos dispensado el honor de explicarlas á la Europa traducidas al francés.

Quién, sin nosotros, sabria *lo que Berlin ha soñado!*

Cierro aquí este paréntesis y sigo. El dudador perpétuo podrá inventar á su sabor nuevas maneras de oscurecer el sol; pero por más que haga, no logrará producir una nueva humanidad. Si el hombre depravado por el Kantismo y por el Hegelianismo, cual los héroes de Ossian, se goza encerrándose en los palacios de flotantes brumas, el hombre, creado por Dios, ha menester descansar sus piés en la tierra firme. Si aquel se complace meciéndose en eterna duda y diciendo: Busco; el otro siente necesidad de marchar sobre un terreno seguro diciendo: Creo; y cuando se presenta la duda, que es la inmovilidad del espíritu, como un estado de progreso y un movimiento de avance, no podemos admitirlo como prueba en favor de que se adelante en su marcha á la humanidad; juzgamos más bien que los que

de tal suerte proceden, imaginan hallarse delante de ella por la razon sencilla de que al quedar rezagados le han vuelto la espalda.

Al llegar á este punto dejo á la decision de la conciencia la cuestion oscurecida por los manejos de la sofística. Es indudable que el hombre que no cree en una religion, sólo cree en sí mismo ó en las autoridades á que se somete. Ahora bien: siendo como son débiles el *yo* y las autoridades que se asigna, sólo pueden alcanzar de la razon adhesiones dudosas, por lo mismo que sólo la infalibilidad inspira y guia la certeza. ¿Qué puede acontecer y acontece pues á los libre-pensadores que ignoran esta ley? La humillacion de tener un símbolo religioso más variable que sus opiniones políticas, y de vagar sin trégua ni dignidad sobre las alas de un pietismo nómada, que por la mañana descansa en la afirmacion y en la negacion por la tarde, convirtiendo en judios errantes del progreso indefinido á cuantos espíritus lleva á remolque. Ahora bien: así como la marcha á un fin determinado es razonable, la que no tiene término propuesto constituye un movimiento desordenado. Acontece con el espíritu del hombre lo que con el hombre mismo; los viajes le distraen y le enseñan; el

vagar á la ventura le desmoraliza y hace desgraciado.

La facultad volitiva, como la precedente, exije de nosotros las satisfacciones, por no decir el complemento de la fé. Limitado el hombre por sus pensamientos, es en sus aspiraciones infinito; de donde se sigue que si abandona la religion por un sistema, abarca un objeto limitado, es decir dicho sistema, con un sentimiento que no lo es. De aquí una ruptura en el equilibrio de su alma y un seguro malestar. Mucho se habla de la dificultad de creer: ¿Qué es, sin embargo, comparada con la de no creer? La incredulidad, segun dejamos dicho, es el pensamiento vacío de lo divino, es decir, el vacío que más horror inspira á la naturaleza; el hombre que en tal estado se halla, tiene indispensablemente abierta en su corazon una profunda herida que nada limitado puede cicatrizar, y avanza por el camino de la vida á la manera de los réprobos, es decir, herido por una desgracia tan grande, como el Dios que ha perdido! Podrá afrontarse esa ley; pero es absolutamente imposible sustraerse á ella: tanto es así, que en los siguientes acentos al uso moderno más vemos un grito de la naturaleza que un simple arranque poético:

.....A mi pesar me inquieta lo infinito
y cuando á él su espíritu se lanza
entre la duda cruel y la esperanza
vacilante yo siento que me agito.
Y mi razon se espanta, y le da enojos
sentirse ante él estéril é impotente
y verle escapar siempre de la mente
y no apartarse nunca de los ojos (1).

¿Qué falta á esas víctimas del escepticismo para que cesen los dolores que les causa el *tormento de lo infinito?* Creer lo que vislumbran y no pueden comprender. La fé, por lo que á la inteligencia se refiere, consiste en abarcar, en tomar posesion de lo infinito: mediante ella lo hacemos penetrar en nuestro pensamiento, del mismo modo que Dios lo ha puesto en nuestros corazones, y el establecimiento de este equilibrio, léjos de violentarnos, nos proporciona una verdadera felicidad.

No lo olvidemos pues: la razon más poderosa no basta al corazon ménos exijente, porque la esfera de la razon es limitada, en tanto que la del corazon crece de límites. En nuestras creencias necesitamos perspectivas tan inmensas como nuestros deseos, so pena de vivir en contradiccion con nosotros mismos: solo la fé puede establecer esta proporcion. Por consiguiente, los que la juzgan como un límite, son unos verdaderos insensatos, porque lo único á que pone límite es á nuestras pasiones; pero en cambio dilata los horizontes sobre los cuales fija la mirada sobre nuestro corazon. Si la razon es la mirada natural del espíritu, la fé es el cristal telescópico que aumenta su potencia: con justo motivo se le ha llamado pues, *una prolongacion de la vista.*

(1) A. de Musset, *Idid.* (Esta traduccion es debida á D. J. M. B.)

Ahora bien, este aumento, igualando el alcance de nuestras afirmaciones especulativas al de nuestras intuiciones de sentimientos; nuestra respiracion moral á nuestras aspiraciones, coordina en nuestro interior, lo que la duda pone en desacuerdo, y nos proporciona un grato bienestar en tanto que el estado opuesto nos coloca en la situacion más dolorosa. Consoladora economía que han podido experimentar en repetidas ocasiones, aquellos que tienen tanta facilidad en amar como dificultad en creer! El escéptico que no ha experimentado jamàs este fenómeno, ha contemplado los cielos..... y no se ha encontrado á sí mismo.

Hé ahí, pues, la condicion del órden en mi alma. Así como amo mucho más de lo que puedo expresar, y espero más de lo que debo tener, ó debo creer más de lo que puedo comprender, ó mi vision no está en correspondencia con mis demas facultades. Por consiguiente, existiendo en nosotros el sentimiento de la fé, todo lo que se encamine á destruir su objeto, tuerce la inclinacion de la naturaleza, y reemplaza con un dolor el ejercicio de una facultad. ¿Por qué razon los herejes y los paganos apénas se convierten, en tanto que los filósofos se retractan fácilmente? Porque los herejes, y hasta los mismos infieles, tienen creencias sobrenaturales, y si bien se hallan fuera de la verdad, no están fuera de la naturaleza; pero el filósofo por el contrario, es una insurreccion contra la naturaleza y contra la verdad, y lleva dentro de sí una aspiracion jamás satisfecha, que siendo la enfermedad de la falta de Dios, sólo puede ser curada por medio de la reaparicion de Dios en sus ideas. Las lamentaciones de los grandes escépticos desde Byron á Alfredo de Muset y desde Rousseau á Jouffroy, constituyen una bella demostracion de esta verdad, para aquellos que buscan la verdad con la mano puesta sobre el corazon.

He nombrado á Jouffroy, y no quiero pasar adelante sin detenerme, siquiera por un momento, en la contemplacion de esa figura melancólica, ya que de tal contemplacion podremos deducir que nada prueba mejor la nececidad de creer que la desgracia de no creer. ¡Cuan conmovedora es la página en que ese filósofo refiere el término casi trágico de su fé religiosa! Era una fria noche de Diciembre: despues de un largo trabajo preparatorio, iba por último á pronunciar su postrer palabra sobre las cosas divinas. La negacion, como una especie de creciente marea, iba invadiendo paulatinamente sus más profundas convicciones. Al cabo de poco tiempo, creencias, tradiciones de familia, recuerdos de la infancia, toda su primera vida, en una palabra, habia desaparecido sumergida bajo el oleage devorador, y cuando nada quedó en este pensamiento devastado; cuando á las tres de la madrugada, rendido de fatiga, arrojóse sobre el lecho, parecióle, dice, que *penetraba en una nueva existencia sombría y desierta*, y, añade estas profundas palabras: *Era incrédulo y maldecia la incredulidad.* Sublime protesta de la naturaleza contra las apostasías de la razon. Y ahora pregunto: ¿por qué motivo la irreligion de Jouffroy ha venido á ser un espetáculo casi religioso?

¿Por qué este hombre ha pasado como uno de esos culpables sagrados de que nos habla la antigüedad; como una especie de Edipo en Colonna de la incredulidad? Porque en su desgracia lleva el correctivo de su rebelion, y sus inconsolables tristezas moralizan su negacion, atestiguando que si el hombre tiene libertad para no creer, la incredulidad puede llevarle á morir desesperado.

En presencia de tales ruinas, ¿qué deberémos pensar de ese estoicismo desnaturalizado de la negacion, que consiste *en saber prescindir de las esperanzas?* Hánse presentado ciertos Catones del libre pensamiento acusándonos de administrar á la humanidad cloroformo en vez de luz, diciéndonos modestamente: Vosotros sois el consuelo: nosotros somos la verdad. ¿Ellos la verdad? Esta es la cuestion. ¿Con qué fundamento proceden prejuzgándola y resolviéndola en su favor? Que nosotros somos el consuelo: Es esa una inmensa presuncion en favor nuestro, y nos sorprende que no la hayan comprendido. Podràn insultarse las necesidades del alma; pero téngase en cuenta que por más que se haga, será imposible vencerlas: y áun suponiendo que todas las cosas fuesen iguales, siempre será preferible á la que la sume en la desesperacion, la

doctrina que lleva consuelos á la humanidad. El sello de nuestra verdad, decia Montaigne, consiste en que nos comunica virtud (1): otro sello no ménos positivo, lo tenemos en que nos comunica reposo. La virtud, es en nosotros la señal del órden moral: el reposo, el indicio del órden material: dos fundamentos de la verdad sobre los cuales descansa la naturaleza, y que no pueden ser destruidos sin que al propio tiempo se la destruya.

Creer es tambien una necesidad de lo que llamaré nuestra facultad progresiva, es decir, nuestra perfectibilidad. Extraña confusion de ideas la que considera la fé una especie de petrificacion intelectual! No es cierto que la razon de los creyentes se halle trocada en estátua, como la mujer de Loth, cuando se toma la libertad de mirar. Cierto que la fé sujeta el espíritu á un punto fijo; pero un punto fijo, colocado bajo los piés de un agente, no le reduce en manera alguna á la inmovilidad; sino que por el contrario le sirve de apoyo indispensable para imprimir á sus movimientos direccion y fuerza. Dad á Arquímedes un punto de apoyo, y levantarà el

(1) *Ensayos*, libro II, cap. 12.]

mundo; con el auxilio de un punto fijo, el cristianismo lo ha renovado. Por lo demás, la fé no tiene con mucho la fijeza de un valladar destinado á cortar el vuelo al espíritu humano, sino la de un terreno gratuitamente adelantado al talento, para que en él levante sus edificios. Señores y libres sobre ese suelo sagrado, arrojad atrevidamente vuestras concepciones más personales: el suelo será de Dios, la arquitectura será vuestra. Podria decirse tambien que el símbolo cristiano es un centro de gravedad en el mundo intelectual, como en nuestro sistema planetario lo es el Sol: cada cual de describir es libre en derredor de ese centro, órbitas reducidísimas como el catecismo, ó parábolas inmensas como la *Summa* de Santo Tomás. Mas, porque exista regulado el movimiento, ¿ha podido decirse jamás que en el espacio existia la inmovilidad? Pues de la propia suerte la inmovilidad tampoco constituye la religion, siquiera dependa de ella; y áun debemos añadir que sin esta dependencia no hay progreso posible.

La fé produce desde luego el progreso de la fecundidad. Monsieur d'Archiac, poco sospechoso de empirismo místico, conviene en ello: el materialismo solo produce esterilidad (1). Por

(1) *Introd. al estudio de la Paleontología estratigráfica.*

el contrario, el cristianismo multiplica profusamente sus obras maestras intelectuales, como sus catedrales. Así tenemos que al paso que la incredulidad jamás ha podido fijar una tésis verdaderamente célebre, ó digna de serlo, pues Dios le ha negado la inmortalidad en estado de movimiento, la Verdad, desde la *Apologética*, hasta el *Discurso sobre la historia universal*, desde la *Ciudad de Dios*, hasta el *Génio del Cristianismo*, ha inspirado casi todas las obras consideradas como las columnas de Hércules del pensamiento humano. Y no hay para qué sorprenderse: he hablado hace un instante de las grandes catedrales: es muy natural que las catedrales de ideas, como las catedrales de piedra sean resultado de la fé. ¿Cual es el hombre de talento que por haber sido religioso ha tenido ménos? No se le hallará por más que se le busque. En cambio, ¡cuántos espíritus se han empobrecido, como el pródigo, gracias á la disipacion, y siendo así que comenzaron produciendo grandes obras, bajo la disciplina de la fé, emancipados de ella, solo han logrado dar vida á miserables enjendros!

Léjos de mí la pretension de que para ser un génio sea indispensable ser creyente; mas prescindiendo de que el espíritu está más sujeto á la

incredulidad que el génio, por lo mismo que no cuenta para sus obras con el sublime patron de lo infinito, no es cosa rara que pierda el génio al propio tiempo que la fé: y en tal caso nada más lamentable que el espectáculo de esas ruinas intelectuales; nada más instructivo que esos balbuceamientos del talento vuelto á la infancia á consecuencia de la rebelion, y condenado al oprobio de no poder pensar, en castigo de haber dejado de creer! Los hechos que en nuestro apoyo podríamos aducir son numerosos: callemos los nombres y divulguemos la cosa. Por consiguiente que no se nos venga con alabanzas del progreso por la negacion: la obra maestra del ateismo está por nacer: la nada, trabajada por la inteligencia humana de mejores condiciones, jamás podrá producir otra cosa que la nada.

La fé es un medio de progreso porque fecunda el espíritu; pero tambien y principalmente porque lo desenvuelve. Singular inconsecuencia del racionalismo, hacer del hombre una inteligencia, que tiene simultáneamente el derecho de comprenderlo todo y el deber de progresar sin descanso! ¿Cómo es posible que pueda progresar en religion el dia en que todo lo haya comprendido? No cabe duda que el término de su viaje, será para él la señal de una detencion

eterna, y entónces se comprenderá la extraña contradicion de un sér progresivo por naturaleza y estacionario por necesidad.

La fé resuelve esta dificultad, porque áun cuando sea invariable en su esencia, no es en manera alguna improgresiva ó estacionaria. Los cristianos no son términos ó piedras miliarias, en el dominio de las ideas. No hay más diferencia sino que en tanto que el progreso filosófico es una especie de libertinaje intelectual que admite las ideas de hoy para repudiarlas mañana, el progreso en la fé constituye más bien una ascension que un cambio de direccion: de tal manera que sin suprimir el eje de sus pensamientos, el espíritu humano distingue mejor los contornos, y puede extenderse incesantemente en su descubrimiento, sin perder cosa alguna de su fijeza.

De esta suerte la revelacion se desenvuelve en lugar de modificarse. Cierto que en el centro de sus misterios, queda un núcleo, un santuario impenetrable; pero Dios ha cuidado de dejar un vestíbulo transparente, una especie de atmósfera brillante, al rededor de este punto obscuro, y cada cual puede establecerse en ella más cerca ó más léjos. Bossuet y San Agustin ocupan un lugar más adelantado que aquel en

que se halla establecida la generalidad de los creyentes: los Angeles preceden al génio: la Vírgen María á los Angeles, y el hombre puede subir indefinidamente hácia esas cimas radiantes, aproximándose constantemente al foco ocupado por el pensamiento solitario de Dios. Hé ahí cuáles son para nuestro espíritu, las verdaderas condiciones del desenvolvimiento en la fé. Puede decirse de él, lo que del hombre han dicho los teólogos; esto es; que está en viaje, *in via*; y esta marcha de una á otra claridad, que constituye ya nuestra felicidad en la tierra, constituirá tambien la ocupacion de nuestro paraiso eterno: *Ascendam de claritate in clarite* (1) ¿Puede imaginarse viage más bello que este, abierto á nuestras ambiciones de progreso?

Decia Lessing que si Dios se le hubiese presentado llevando en una mano la verdad y en la otra la investigacion de la verdad, habria contestado á Dios: Guardad la verdad y dejadme el placer de buscarla. En materia de religion esta dicha solo puede poseerse mediante la condicion de creer: el que todo lo vé, no tiene necesidad de buscar cosa alguna. En cambio para nosotros,

(1) II Cor., 3-18.

el mismo misterio constituye un incentivo para el descubrimiento y un incesante *ascende superius*, por lo mismo que todos los caminos que al mismo conducen, se hallan abiertos á nuestras investigaciones, áun en el caso de que su esencia permanezca incomprensible. Obreros del pensamiento, avancemos pues constantemente y no permanezcamos en el quietismo, en el letargo por la fé: los cristianos representan el movimiento perpétuo en la fe. Apártense otros si quieren del camino: por lo que á nosotros toca, proseguiremos nuestra marcha conquistadora al través de la region de las divinas revelaciones. Curiosos siempre; pero siempre adoradores; curiosos de lo que puede abarcar la mirada humana; pero al propio tiempo adoradores de las inescrutables profundidades de lo infinito.

Enhorabuena, se dirá, supongamos que la fé no sea la teoría de la inercia; pero nadie podrá negar que es por lo ménos la de la servidumbre intelectual, por lo mismo que el derecho de dudar, es una parte esencial de la libertad: la esclavitud, por más que pueda alcanzar los màs bellos resultados, no deja de constituir un estado deshonroso. Tantos despropósitos como palabras. Lo que nos echais en cara, podriamos contestar al incrédulo, no constituye la servidumbre, sino

la dependencia; ¿mas, con qué derecho pretendeis emanciparos de ésta, vosotros que, excepcion hecha, de la del espíritu, admitís todas las autoridades? Como nosotros os constituis en dependientes de las leyes morales en lo que atañe á vuestra sensibilidad; de los poderes gérárgicos, por lo que se refiere á vuestra voluntad: en todas vuestras facultades, en fin, de una regla que limita su ejercicio, ¿sólo vuestra razon es tan poderosa, que no ha menester la más insignificante salvaguardia? Vana utopia. La fé es la regla, la ley moral de vuestra inteligencia; por consiguiente no podeis rechazar un freno intelectual, sin afirmar al propio tiempo que no hay mal alguno en el órden del pensamiento, puesto que esto os llevará inmediatamente á negar el mal en el órden de las acciones. Cuando reivindicais la libertad ilimitada del espíritu, que tiene por corolario lógico la libertad ilimitada de la pasion, os constituis en falansterianos de la filosofía, y sin daros cuenta de ello, implícitamente pasais de la blasfemia á la inmoralidad.

Por lo demás, ¿ha faltado por ventura en tiempo alguno la libertad de exámen á los cristianos? ¿Nos hallamos acaso constituidos en dependencia sin haber convenido en ello? Oh, no,

Cuando he constituido la fé, en gobernadora de mi espíritu, lo he hecho en virtud de un acto libre de mi libre razon, y cada uno de mis actos de fé, como funcion de un órden por mí mismo establecido, constituye indispensablemente un acto de mi libertad, de la propia manera que cuando hemos sancionado un poder por la fuerza de nuestros sufragios, confirmando por medio de la obediencia al mismo la obra de nuestra voluntad, manifestamos indirectamente la proclamacion de nuestra soberanía. Envanézcanse los que quieran con la triste gloria de libre pensadores: no les envidiamos, les compadecemos: nosotros tenemos en más estima la gloria de podernos proclamar pensadores libres! Pero entiéndase bien: libres, como todas las fuerzas bienhechoras de la creacion que se dejan dirigir. Una fuerza sometida á la ley, es la fecundinad y la vida: una fuerza sin ley es la destruccion y el cáos. Libres, pero no á la manera del rio que saliendo de madre lleva la destruccion hasta donde alcanza, sino á la manera de aquellos que admiten diques para que, debidamente conducida la corriente, fertilice y derrame la abundancia do quiera llegan sus aguas. Y hé ahí porque nuestra libertad en la fé, ha producido la civilizacion moderna, en tanto que la libertad

sin la fé, nos amenaza con sumergirnos en una segunda barbárie.

Por último, la necesidad de creer es principalmente un resorte indispensable á nuestra naturaleza moral. No exageramos: la humanidad, ó mejor algunos hombres sin creencias religiosas son capaces de ciertas virtudes que podemos llamar naturales; pero por más que haga, jamás realizará todas las virtudes de que es capaz, desprovisto de este apoyo y de este freno. Conozco los esfuerzos de cierta escuela para prescindir de Dios en el establecimiento de las costumbres, y para constituir la moral sobre la base de la justicia inmanente, de suerte que sea cosa hacedera la santidad compatible con el ateismo. Sueño impotente que juzgaremos más adelante; al presente, por toda refutacion, nos limitamos á decir que solo deseamos á los partidarios de la moral independiente, esposa, hijos y criados que la profesen.

Y se comprende sin gran esfuerzo. ¿A qué se reduce la incredulidad tomada en conjunto? A la supresion de los dogmas: ahora bien, siendo al par los dogmas los motivos y las sanciones de la moral, desprovista ésta de las creencias que la engendran, conviértese en absurda crucifixion, en convencion tiránica, y se anonada como un

efecto sin causa. Consecuencia: que el vicio es el hijo legítimo de la blasfemia: la corrupcion no es más que la incredulidad aplicada, y dado que el incrédulo ofrezca un tanto de verdadera moralidad, ha de resultar precisamente de escaparse de la inmoralidad, por medio de inconsecuencias generosas, y de que tenga sus propias opiniones en ménos estima que su persona. Y en efecto obrando así, es que piensa en que no podria proceder de otra manera sin deshonrarse, ya que al traducirse lógicamente en actos muchísimas de sus negaciones, caerian bajo el dominio de la policía correccional. No puede pues llamarse filosofía la profesion de unas doctrinas cuya práctica convertiria al hombre en malhechor.

A más de que, ¿á qué se reduce la incredulidad considerada en detalle, es decir, en sus diversos sistemas? Unas veces á la negacion del libre albedrío; otras á la negacion de toda diferencia entre el bien y el mal: ora á la legitimacion de la pasion; ora á su impunidad eterna y siempre á su responsabilidad despues de la muerte; es decir, el catecismo del crímen y la garantía de los criminales.

De suerte que la naturaleza libertada de la fe, sólo será capaz de virtudes fáciles y de una

moralidad de convencion. Conozco las predilecciones del mundo en favor de los santos del calendario filosófico, precisamente porque no hacian la señal de la cruz; mas no se pierda de vista que tales santos, no fueron por lo comun, otra cosa más que héroes de teatro, que cubrieron con méritos populacheros humillantes bajezas: sus virtudes no eran más que una deslumbrante representacion, llevada á cabo sobre tablados corroidos por la podredumbre. Si la sociedad, harto exigente respecto de los santos verdaderos, se muestra con respecto á aquellos indulgentes en demasía, proviene de que, discurriendo lógicamente, considera que en rigor debian haber muerto en presidio, puesto que no conducen á otro fin los principios que profesaron, y no puede ménos que mostrárseles agradecida por el mal que han dejado de hacer.

¿Quiere saberse, y por cierto de buena tinta, lo que en el órden moral puede esperarse de la naturaleza desprovista de creencias? Una noche que d'Alambert y Condorcet se divertian haciendo burla de Dios, Voltaire, que se hallaba presente, dió órden á los criados que les servian en la mesa para que se retiraran, despues de lo cual dijo: «Ahora señores, podeis continuar; si nuestros criados hubiesen comprendido cuanto

acabais de decir, no me habria sorprendido si esta noche me hubiesen asesinado.» Tal es la moralidad del blasfemo, deducida con tanta gracia como buen sentido. Sosténganla los predicadores quiméricos de la teoría del bien por el bien, que se rebelan ante la idea de que puedan proponerse *intereses de ultra tumba para la práctica de la virtud*. Es imposible que exista para la humanidad ley alguna, el dia en que carezcan de fé: sobre las ruinas de todos los dógmas, para castigar á los que hayan destruido los demás, solo quedará uno. El derecho del más fuerte.

Lo que constituye el prestigio de la negacion, consiste en que jamás se ha tomado en sério para someterla á la experimentacion. Siempre ha demolido: jamás ha edificado. Pero, imagínese por un momento que se trata de someterla á la prueba de las aplicaciones prácticas: que la Europa, convertida al racionalismo hasta en sus costumbres, sustituye á la caridad el *otroismo*; el positivismo, al Evangélio; á la divinidad de Cristo, la de la materia; en una palabra, que vive en conformidad á lo que cree, ó mejor á lo que no cree, y la Europa veria tan terriblemente castigada su apostasía, por sus crímenes y por sus dolores, que este momento del abandono

de Dios en nuestra historia, constituiría el espanto de las generaciones venideras.

De lo dicho se desprende, pues, que verdadera ó falsa, el hombre ha menester una fé religiosa; y que cree, espera y ama en virtud de una inclinacion irresistible de su propia naturaleza. Así se explica cómo á pesar de tantas pasiones conjuradas contra nosotros, es tan difícil acabar con nosotros. Como nosotros representamos á Dios y à la naturaleza, dos poderes que no mueren nunca, llevarémos al sepulcro á muchos de nuestros adversarios que pretenden acabar con nosotros. No me forjo ilusiones halagüeñas respecto de nuestra época, y harto se me alcanza del trabajo de desmoralizacion que se está realizando, para que pueda permanecer tranquilo: pero no cabe dudar, en cambio, que si las masas son más incrédulas que hace cien años, las clases elevadas tienen más fé. Ahora bien: en el órden social, como en la creacion material, la Providencia coloca los para-rayos en las alturas. Antes del 89, las alturas eran las que se hallaban invadidas por el mal, y esto explica que no pudieran conjurarse las tempestades del 93. A Dios gracias hoy los peligros son menores.

Pero aún tomando el asunto desde el peor punto de vista; si una catástrofe á esta parecida viniera á dar la razon á los temores de los pusilánimes y à las esperanzas de los enemigos, ¿podria el génio del mal sentarse con orgullo sobre las amontonadas ruinas de nuestros tabernáculos, y gritar como el lictor de la antigüedad: Todo acabó, *actum est?* Nó, para nosotros, en el instante en que todo concluye, debe empezarse de nuevo. Todo habia acabado en la antigua Roma, cuando Tácito exclamaba *Christiano nomene deleto*, y sin embargo, de la tumba de las víctimas brotó una generacion espontánea de cristianos. Todo habia concluido en Nangasakí cuando el tirano Taïcosama trató de anegar en sangre cristiana la Iglesia del Japon, y al cabo de doscientos años, de las catacumbas de ese país, salian más fieles de los que sus càrceles podian contener. Todo habia acabado en Africa despues del paso de los Moros, y esta Iglesia vió reverdecer las palmas de sus mártires. Todo parecia terminado entre nosotros despues de las saturnales de la diosa Razon, y sin embargo, nadie lo habria dicho contemplando las últimas fiestas celebradas en Roma. Sí, áun cuando merced á un cataclismo social, sufriera nuestra Iglesia la suerte que un dia experimentaron

Pompeya y Herculano, no habria acabado todo. La Iglesia se parece á esas plantas que florecen preferentemente entre ruinas, y el uso que la Francia hará de estas en lo porvenir, consistirá en levantar un templo para cantar en él el *Credo* de su bautismo. Podrá olvidarse, durante algun tiempo, de recitar dicho *Credo*; pero sus palabras jamás las olvidará, porque es tan incapaz de faltar á la palabra que tiene empeñada á Dios, como á su palabra de honor. Por lo demàs, todavía tengo una garantía más positiva respecto de la esperanza de que la fidelidad de Francia es el testimonio de la naturaleza: si, al decir de los incrédulos, Dios empleó millones de siglos para hacer al hombre, necesitaría de seguro muchos màs para volverlo á hacer.

CAPITULO II.

CONCILIACION DE ESTA LEY CON LA DIFICULTAD DE CREER.

Bossuet ha dicho: «La naturaleza humana conoce á Dios: esta sola palabra basta para colocar á los animales hasta el infinito por debajo de él (1).» Esta verdad, que habia sido enunciada ántes por Ciceron, habia pertenecido hasta nuestros dias al dominio religioso y filosófico. Al presente, M. de Quatrefages la ha elevado, segun dejamos expuesto, á la naturaleza de demostracion científica. La religiosidad es el ca-

(1) *Del conocimiento de Dios y de sí mismo*, cap. 5.